LA ANDALUCÍA

Don Emilio*

Estamos de acuerdo con el escritor francés que ve en la célebre Sierra Morena el límite puesto por la naturaleza entre las regiones templadas y las tropicales, citando esta culminante punta de la Andalucía como prueba geográfica de que las columnas de Hércules fueron violentamente separadas por una irrupción del océano, acontecimiento que la superstición ha presentado de un modo que repugna a la ciencia tanto como a la razón, pero acerca del cual pueden ya felizmente emitir su voto la arqueología, la filosofía y la historia, desvaneciendo los crasos errores con que la ignorancia acude siempre a lo maravilloso para explicar los fenómenos naturales. Creemos también con el mencionado escritor que, si algún pueblo ha conservado su originalidad, su fisonomía propia, resistiendo al monótono nivel de la imitación, extendido por todo el mundo, ese pueblo es el de Andalucía, aunque no pensamos como el autor que llevamos citado que esto consiste en el clima y en el largo periodo que duró allí el imperio de los árabes, porque esto sería como tomar el efecto por la causa. El clima y la mezcla o contacto de raza explican perfectamente la diversidad o la homogeneidad de caracteres, pero no la conservación de estos, pues vemos otros muchos pueblos de igual origen y en idénticas latitudes que ofrecen prodigiosas metamorfosis.

Lo que resulta de cierto en todo lo que hasta aquí se ha observado es que, efectivamente, la Bética, esa hermosa y alegre comarca a que los naturales dan graciosamente el nombre de *tierra de María Santísima*, presenta en todo indestructibles rasgos de originalidad, siendo digna de estudio por la fertilidad de su terreno, por los ricos y varios monumentos que contiene, y sobre todo por lo que se refiere a sus habitantes.

[…]

Echemos ahora una ojeada sobre los habitantes del suelo andaluz y, conviniendo con el susodicho escritor francés en las causas que han contribuido a la formación de un tipo tan original, digamos por qué esta originalidad de carácter y de costumbres ha rechazado la plaga de la imitación, conservando su primitiva pureza en la privilegiada *tierra de Jesús.*

Esto consiste en que los andaluces, calumniados de continuo por jueces incompetentes, han conocido el valor de todo lo que les es característico y saben bien que siempre saldrían perdiendo en el cambio. Porque es claro, ni el ave del Paraíso ni el faisán de la China, penetrados de sus gracias, querrán trocar voluntariamente sus vistosas plumas por las del milano y sus gallardas formas por las del mochuelo. Que en los salones de París parodien la severa al par que fría etiqueta de los de Londres, o que

* *Don Emilio* [Juan Martínez Villergas], «La Andalucía», *El Correo de Ultramar*, I, núm. 2 (1853), pp. 19-22. Ils. https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709283

los lechuguinos de Madrid esperen con impaciencia el figurín de Francia para posponer un paletó costal a un arlequinesco frac, santo y bueno, puesto que lo que toman, siendo tan malo, no puede ser peor que lo que dejan; pero ni los sofismas de los antiguos griegos, ni la dialéctica de los modernos alemanes, ni los esfuerzos de todo el género humano podrán nunca persuadir a un andaluz de que sus bailes, su traje, su lengua, su acento, sus costumbres y calidades, todas en perfecta armonía con su organización, con su carácter especial, deban abandonarse para entrar en esa sociedad seca y desabrida donde los seres vivientes carecen de movimiento como las estatuas o solo se agitan obedeciendo a la estrecha ley de un caprichoso compás, para llevar una vida glacial monótona, desabrida, muy conforme al refinado estudio de la coquetería y muy contraria por lo mismo a las leyes de la naturaleza. Nada de eso: los andaluces, como antes he dicho, conocen el valor de todo lo que les pertenece. Hay en sus bailes, en sus cantares, como en un traje mismo, cierta voluptuosidad que habla, con harto expresivo lenguaje a los sentidos; pero el instinto del decoro desarrollado en los andaluces hace que en todas sus diversiones como en sus picantes chistes caminen en feliz alianza la gracia y la urbanidad, mostrando tal vez bajo los incitadores atavíos de la malicia los más puros encantos de la inocencia. Así pues, los hijos de la tierra de Dios, amigos de todo lo que es bullicioso sin perjuicio de tercero, como amantes de esa voluptuosidad que tan bien sabe hermanarse con la decencia y convencidos de que, en cambio, la sociedad austera de otros pueblos encubre muchos vicios bajo la seductora apariencia de las virtudes, rechazan y han rechazado siempre el yugo de la imitación que todo lo corrompe diciendo de sus costumbres lo que el sencillo aragonés del señor Bretón decía de su traje:

Que yo gusto de estar horro
y tener holgado el bazo,
y mover el pie y el brazo
sin necesitar socorro.

Dijimos antes que los andaluces eran con frecuencia calumniados por jueces incompetentes y, en efecto, no solo en tierra extranjera se les tiene por fanfarrones, sino que en España mismo estamos cansados de ver a los hijos de Andalucía desempeñar un triste papel en las comedias. Esta preocupación puede pasar entre los que no comprenden que todo en el mundo es relativo y que nada acaso ofrece tan varias singularidades como el valor de los hombres. Personas hay que se baten bien en campaña y tienen miedo en un desafío, del mismo modo que muchos marineros, acostumbrados a arrostrar con frente serena los peligros de las tempestades, temblarían ante la boca de una pistola descargada. Así son los andaluces: tímidos en ciertos casos, presentan en otros rasgos de asombrosa temeridad; inferiores como soldados de infantería a algunos habitantes del Norte, son superiores a todos en el arma de caballería, y los mismos que por su conducta en un lance de honor dan pábulo a las anécdotas y rechiflas de la maledicencia, cautivan la admiración del público poniendo banderillas, picando o matando con firme pulso a un toro que haría tomar las de Villadiego al Cid Campeador.

En efecto, los toreros andaluces han llevado siempre la palma: nacen lidiadores y, empezando por capear novillos en una aldea, llegan a obtener un día esa celebridad de los Romeros y Montes, Cúchares y Chiclaneros, espadas inmortales que solo puede producir el suelo de Andalucía. Y cuéntese que no es para mí esta la mejor prenda de los andaluces, porque enemigo como soy de las corridas de toros a las cuales atribuyo en primer término la causa del retraso intelectual de mi patria, quisiera ver para siempre desterrados esos espectáculos que pugnan a la vez con los sentimientos humanos y con los progresos de la civilización; pero esto no obsta para hacer justicia a los que dan verdaderamente pruebas de valor, aunque sea empleándolo en deplorables pruebas.

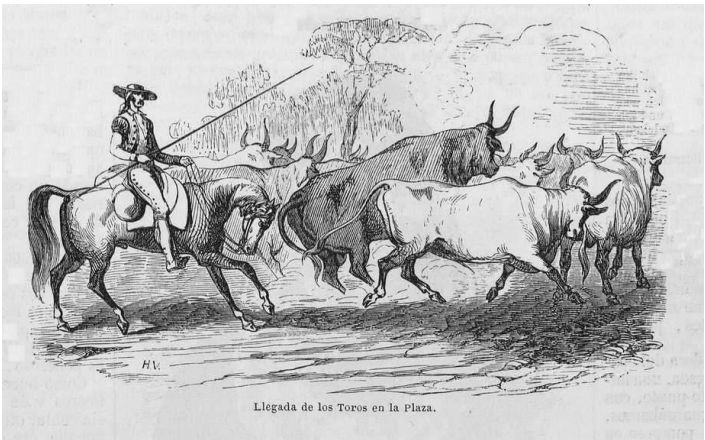

Fig. 14. *Llegada de los toros en la plaza,* p. 21.

Algo más que el torero me agrada el contrabandista, magnífico tipo que, revelándose contra las restricciones que la sociedad ha inventado, pasa los días y las noches a la intemperie, superando mil obstáculos y burlando las persecuciones, llevando por toda garantía de seguridad su trabuco y su caballo, y abreviando las horas de soledad a que su vida le condena con la poesía de sus cantares y de sus amores. ¡Qué bello es imaginar cómo un contrabandista, cruzando en el silencio de la noche por solitarios páramos, entona en la música que lleva su nombre o en la de la cachucha este y otros parecidos cantares de que la musa del pueblo andaluz es tan pródiga!

Los ojos de mi morena
se parecen a mis males:
negros como mi fortuna,
grandes como mis pesares.

Y más bello es todo esto cuando el hombre entregado a esa vida aventurera, llena de vicisitudes tristes y de mortales peligros, se ve en la precisión de llevar a la mujer de sus ilusiones a las ancas de su caballo. ¿Podremos describir todo lo que esa vida errante tiene de original, de amarga y al mismo tiempo sublime? Tan difícil sería esto

como hacer al contrabandista abandonar su carrera de agitación eterna, que en medio de los más amargos sinsabores le deja apurar alguna vez la copa de los placeres. En todo el mundo hay contrabandistas, y los habrá en nuestra opinión mientras la sociedad quiera conservar las barreras que en perjuicio de los más favorecen a los menos. Dentro de España mismo viven en todas las provincias multitud de hombres y aún pueblos enteros consagrados al contrabando; pero el contrabandista andaluz descuella entre todos y merece principalmente mis simpatías, como todo lo que pertenece al suelo de Andalucía.

Fig. 15. *El majo y la maja,* p. 20.

La abundancia de materiales nos impide hoy detenernos a considerar todo lo que hay de encantador en las diversiones, bailes y música de los andaluces, donde las hijas del país lucen sus gracias naturales, llegando un día, sin otro aprendizaje, a merecer los aplausos como eminentes bailarinas en los principales teatros de Madrid y aún de las cortes extranjeras. Omitimos asimismo referir algunos de esos cuentos y metáforas con que los paisanos del célebre Manolito Gázquez amenizan una reunión y otras cosas que sería prolijo enumerar, y para terminar este artículo vamos a ocuparnos de una clase de gente que espanta a los extranjeros y causa también fundados temores a los naturales. Hablamos de los ladrones de Andalucía. Esta, en efecto, es una clase que hace poco honor al país, pero ¿a qué país puede dar honra semejante gente? Los Chafandines de Castilla y los Jaimes de Valencia dicen que alguna vez tuvieron rasgos de generosidad como los famosos niños de Écija, y para mengua de nuestra patria muchos escritores contemporáneos se han dedicado a escribir comedias haciendo la apología de semejantes bandidos con escándalo de la moral y a vista y paciencia de los censores que no han comprendido todo lo que dichas apologías encierran de peligroso. Por nuestra parte estamos lejos de aceptar semejante responsabilidad, y lo

único que diremos, circunscritos siempre al tema de este artículo, es que los ladrones andaluces no son temibles solo por ser andaluces, sino porque deben serlo los ladrones de todo el mundo. Por favor, ¡oh, periodistas españoles!, abandonad alguna vez esas estériles críticas y noticias de toros, para anatematizar todo lo que en nuestra patria hay deplorable y haciendo este servicio a la civilización, colocaréis a España en el rango que debe ocupar la más bella de las naciones. Nosotros, que de buena fe nos interesamos en las glorias de nuestra patria, elevaremos sin cesar nuestra voz débil, aunque alentada por un santo deseo, a fin de extirpar los lunares que empañar puedan el esplendor de nuestro carácter y costumbres. Por eso censuramos lo que nos desagrada y recomendamos al mundo entero todo lo que hay más delicioso bajo el cielo encantador de Andalucía.